

Fantástica Salvaje

LA SPACE OPERRA MÁS VENDIDA DE TODOS LOS TIEMPOS

COSMO PERROS

GERARDO LÓPEZ



GOSMO PERROS

GERARDO LÓPEZ

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas o animales reales, vivos o muertos, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor. A menos que le hayas hecho algo, en cuyo caso seguro que hay uno o dos recaditos para ti.

Del texto: © Gerardo López Asensio, 2026

De la edición: © Los Libros del Salvaje, 2026

Primera edición en Los Libros del Salvaje: septiembre 2026

Título

Cosmoperros. Una Space Opera

Ilustraciones

Portada diseñada por: Zero Drama y Laura G. Loaisa

Editorial

Los Libros del Salvaje

Aldea Betán 12

32704 Baños de Molgas (Ourense)

<https://loslibrosdelsalvaje.com>

Este libro ha sido impreso con papel libre de cloro y con certificación FSC, procedente de bosques gestionados de forma sostenible. Ningún animal o planta ha sufrido daños durante su elaboración. Igual alguna mosca ha fallecido, pero es que son muy pesadas.

Impreso en Gráficas Ulzama Digital

Pol. Ind. Areta, C./ Altzutzate 51.

31620 Huarte (Navarra)

Planeta Imperio

ISBN: 978-84-129435-7-3

OU 160-2026

Depósito Legal: OU 160-2026

Número de control de la Biblioteca del Poliburó del Imperio Canino:

2018675309

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo sin el permiso expreso del editor, piratilla de medio pelo. Te tenemos vigilado.

A Oihane, Jurgi y Lain, mi manada.

*Si hay una cosa que nadie ha podido comprar con dinero,
esa es el movimiento de la cola de un perro.*

La dama y el vagabundo

COMIENZA EL VIAJE

Boris y Sasha intercambian amenazas informales

Boris contempló las lecturas de la consola principal. Todo en orden. El motor sublumínico de la Aullidos que Hielan la Sangre del Más Valiente ronroneaba como un gato a punto de pedir un favor. Casi un mes había pasado desde el último servicio que habían realizado como nave de Núcleo, la empresa más grande de seguros y asistencia en el espacio del Imperio Canino. Todo ese tiempo acumulaba posibilidades en contra en el imaginario medidor de problemas a punto de estallar que Boris, el capitán de la nave, siempre visualizaba como una bomba de esas antiguas, con un despertador lleno de cables y una cuenta atrás.

«Disfrutemos del momento», pensó.

—Café.

Un gorgoteo, un golpe y el olor a café recién hecho inundó la sala de control. Con un total de cinco puestos, Navegación, Armamento, Ingeniería, Recursos Humanos y Sistemas, la Aullidos contaba con un centro de mando espacioso y bastante agradable; no así el resto de la nave, que necesitaba urgentemente una revisión presupuestaria. Algo que Boris no estaba por la labor de reclamar. Mucho papeleo.

«En fin, problemas para mi yo del futuro».

Estiró las patas delanteras, bostezó, sacó un cigarro del bolsillo lateral del pantalón del traje y se lo colocó en la boca.

—¿Dónde he dejado el puto mechero?

—Ni se te ocurra —tronó una voz que parecía venir de todas partes a la vez.

Boris puso los ojos en blanco.

—¿No es hora de irte a dormir?

—Sabes de sobra que no descanso. Y que tengo la obligación de advertirte cuando alguien compromete la seguridad a bordo de la nave. En este caso, tú.

Boris apagó el cigarro y lo lanzó a un incinerador. Cogió la humeante taza de café.

—Tú ganas. Y, ya que estás con ganas de tocarme el hocico, hazme un chequeo de sistemas.

—Oxígeno, nivel verde. Temperatura interior, en valores adecuados. Nivel de suciedad al ochenta por ciento, aunque en parámetros seguros todavía. Moral de la tripulación, ha aumentado en un dos por ciento hoy, aunque sigue siendo bastante baja. La valoración de la comida se mantiene estable: dos estrellas. Los cachorros han cenado bien y ahora duermen. Tengo una reclamación de la teniente Sasha sin abrir.

—Mierda.

En ese momento, un zumbido anunció la llegada de Sasha. La lentitud de los pasos de la gata blanca no se correspondía con la velocidad a la que se movía, como si sus ondulantes movimientos transcurrieran en una fase muy cercana, pero diferente, del espaciotiempo en el que hallaba la nave. Sus profundos ojos negros se clavaron en Boris. No parecía contenta.

—¿Me estás evitando, Boris?

—Como si fuese posible.

—Has cortado el acceso al cajón de los juguetes. —Hizo una pequeña pausa y continuó en un tono ligeramente más alto—. Sabes perfectamente que, según el Acta de Concordia Interespecial, en las naves de Núcleo multiespecie, como esta, no se puede limitar el acceso al cajón de los juguetes en forma alguna a los gatos.

Boris la miró fijamente. Se frotó la parte superior del hocico.

—Como deberías saber tú, mañana es día de simulacro.

—¿Cuántos días de simulacro llevamos ya?

—No los suficientes. Te recuerdo que, entre otros desastres variados que incluyen varias descompresiones difíciles de limpiar, dos o tres plagas de pulgas y una intoxicación por albóndigas, somos la única nave en toda la historia de Núcleo que ha sufrido una inundación. Una jodida inundación, Sasha. En pleno espacio. Así que haremos los simulacros que

hagan falta, según el manual de la nave. Que, si es de incendios como el de mañana, te recuerdo, obliga a la suspensión de toda actividad lúdica programada; entre otras, el puto cajón de los juguetes de los gatos.

Sasha se sentó en el borde de la consola principal y balanceó las patas traseras.

—Me gusta cuando te pones así de serio. Pareces un capitán de verdad y todo.

—¿Hemos acabado?

—Por mí, sí.

La gata miró hacia arriba.

—Supongo que mañana será un día complicado. Un simulacro de incendio, ciento treinta y dos gatos aburridos... Por esas cosas nunca quise ser capitana. En fin, Boris. Tengo cosas que hablar con el resto de los gatos de esta nave. Y no creo que sean cosas que les vayan a poner contentos.

Sasha cogió impulso con las patas traseras y saltó de la consola con agilidad, procurando que su cola pasara excesivamente cerca del morro del capitán de la Aullidos.

~

Boris se quedó solo en la sala de control. No le gustaba el tono que había usado la gata. Sonaba como una amenaza. No había más opción que llamar al jefe de seguridad, un *west highland terrier* blanco, o *westy*, de orejitas puntiagudas, que solía vestir un particular uniforme con cuadros de colores y que, a veces, se pintaba media cara de azul cuando había que entrar en acción. Un buen tipo, aunque con un pronto complicado de gestionar.

—¿Galletitas?—El altavoz chispeó.

—Sí, capitán.

—No sé cómo decirte esto, Galletitas, pero mañana hay que mantener el cajón de los juguetes de los gatos abierto.

Silencio al otro lado.

—Señor. —Cinco segundos después—. Sabe que no podemos abrir la caja el día de un simulacro, ¿verdad?

—Mmm.

La voz de Galletitas parecía más profunda que de costumbre.

—¿Recuerda la última vez que se quedó abierta sin supervisión?

—Mm.

—Los punteros láser, los ratdrones, las anillas doradas, las catapultas...

—M.

Galletitas suspiró.

—Ok, capitán, aquí manda usted.

—...

—O eso creía. —La comunicación se cortó.

—¿Más café? —preguntó una voz que parecía venir de todas partes.

INGENIEROS. CUANDO TODO FUNCIONA, NADIE SE ACUERDA DE ELLOS

Alexei y Rasputín detectan que... algo no funciona

Alexei era el caniche más negro de la Aullidos. En primer lugar, porque era negro; en segundo, porque pertenecía a la unidad de ingenieros de la nave, y ello implicaba situaciones cotidianas de inspección de toberas, tubos, canales, desagües y todo tipo de espacios cilíndricos y reducidos que, si bien no eran una mina de carbón de la colonia Xana, se aproximaban bastante en su capacidad de tiznarlo todo. Precisamente, Alexei se estaba dando una ducha destiznante cuando una lucecita azulada se encendió en una esquina de su consola central. Siempre había pensado que el nombre de ingeniero le venía un poco grande a su trabajo, pero reconocía que, al final, tenía que ingeniar apañños de todo tipo para que las cosas funcionaran. Un ratito más, por lo menos. Y esa lucecita, que parpadeaba en ese momento, le sugería que algún componente necesitaba de su ingenio para seguir funcionando el tiempo suficiente para que pudiera echarle la culpa a otro.

Se secó con parsimonia y se sentó en la consola de control.

Bien. No era la Guardería de los Cachorros. No había nada peor que eso. Pidió un chequeo al sistema, que le informó de un error en la base de datos de los circuitos de refrigeración del motor cuántico. La temperatura era un asunto crítico y la Mente de la nave se encargaba de recopilar los resultados de las más ínfimas variaciones de temperatura del motor y su efecto sobre las desviaciones en destino. El motor cuántico era un sistema muy sensible y dado a presentar fallas, incluso cuando no existían. Alexei pensaba que era la manera de mantener atentos a los ingenieros. Y para putearles un poco, por qué no. Ningún sistema análogo presentaba problema alguno, así que, sencillamente, lo borró. Volvió a ejecutar el chequeo

del motor cuántico. Todo perfecto. Por pura rutina, hizo lo mismo con los motores de fusión y combustión, que arrojaron el mismo resultado.

Todo correcto. Claro que era lo normal. Casi cualquier estado anómalo grave del motor cuántico suponía la inexistencia inmediata. Sin explosiones. Sin huellas. Simplemente desaparecías y adiós muy buenas. Solo quedaba un registro de la fracción infinitesimal del tiempo en el que no había nada en el espacio que antes ocupaba tu nave hasta que era relleno de nuevo por materia cósmica. Una especie de fósil cuántico que era posible rastrear, como una advertencia fantasmal sobre las consecuencias de un mantenimiento relajado de los motores. Una situación que Alexei procuraba evitar. Con éxito, hasta el momento.

Los otros dos motores eran menos sensibles. El mantenimiento del motor de fusión era prácticamente nulo, no había residuos y el único peligro era que en Navegación la cagaran con las trayectorias. Chocar con una roca a una velocidad cercana a la de la luz dejaba el asunto de la dilatación temporal en un pequeño malentendido entre hermanos gemelos a costa de la puntualidad, comparado con la desintegración inmediata de los dos cuerpos con, esta vez sí, algo parecido a una explosión nuclear silenciosa.

El motor de combustión era tema aparte. Se usaba para desplazamientos suborbitales: despegues, vuelos atmosféricos y correcciones de trayectorias a velocidades bajísimas. A pesar de eones de mejora en la eficiencia de los combustibles, seguían siendo motores ruidosos, muy sucios y que había que parchear frecuentemente. De hecho, los motores de combustión ocupaban el noventa por ciento del espacio dedicado a la propulsión, mientras que el motor de fusión era poco más que una pecera mediana llena de agua y el cuántico solo un disco duro rodeado de hielo en el fondo de un pozo. Así que Alexei dedicaba la mayoría de su tiempo a ese anticuado y cabrón maloliente motor en el que, precisamente, había pasado media mañana ajustando tornillos. Lo mismo que el resto del equipo de ingenieros, tres labradores y Rasputín, el *carlino* de ojos tristes.

Eran ingenieros. Buenos jugando al ajedrez, malos cogiendo chistes a la primera.

—¿Algo de lo que preocuparse? ¿Sabes a quién casi me cepillo hoy? —Misha, uno de los labradores, entró dando saltitos. Era un perro

de buen carácter, tremendamente hábil resucitando sistemas muertos y con ciertas dotes como bailarín que no se esforzaba por disimular a la tercera copita. Otra de sus costumbres era agrupar preguntas inconexas de dos en dos. Nunca tenías claro cuál contestar. A él no parecía importarle lo que decidieras.

—Una luz azul en la consola central.

—¿Qué motor era? ¿Por qué estás mojado?

—El motor cuántico.

Misha dejó de saltar.

—Era un fallo mal anulado, creo. Lo he borrado y no ha vuelto a salir. Alguna redundancia.

—Mañana hay simulacro. Vamos a pasarnos el día subiendo y bajando escaleras. No sería un buen momento para lidiar con un motor cuántico con fallos.

—Misha, si fuese importante no estaríamos hablando.

—Cierto. En fin. Supongo que mañana no nos moveremos mucho, así que tenemos tiempo si algo se tuerce.

Rasputín, el jefe de mantenimiento, entró en ese preciso momento y se dirigió a las duchas, pasando por delante de Alexei y Misha sin decir una palabra. El *carlino*, de un color indescifrable bajo una capa de hollín, se convirtió en un borrón de vaho tras la mampara.

—¿Un mal día? —preguntó Alexei.

—Limpieza de toberas —respondió Misha.

—Ouch.

—Hasta mañana mejor no hablarle.

—¿Qué tal lleva todo?

—No habla mucho del tema.

Rasputín era, posiblemente, el perro más racional de toda la Aullidos, pero estaba pasando una mala racha. Lo había dejado hacía unos meses con una San Bernardo de Servicios, al parecer por un asunto con la familia de ella. No veían con buenos ojos a Rasputín. Bueno, ni con buenos ni con malos. Realmente, apenas lo veían. Costaba encontrarlo cuando estaban juntos. Ambos perros pensaban que el tamaño nunca era un

problema, opinión que, al parecer no compartían los padres de la perra, de pensamiento tradicional, que creían que un San Bernardo debía llevar colgado de su cuello un barrilete, no un *carlino* color crema. A eso había que sumarle el que toda la familia conocida de Rasputín había muerto recientemente al chocar su nave contra un meteorito, lo que le hizo abandonar su puesto en la corbeta Innecesaria Lluvia de Balazos Fruto de un Pequeño Malentendido y enrolarse en la Aullidos que Hielan la Sangre del Más Valiente.

—El tiempo lo cura todo —comentó Alexei, siguiendo con la mirada al pequeño bulto, normalmente de color crema, que se duchaba tras la mampara.

—¿Las hemorroides también?

—Todo menos eso. Descansa, Misha, mañana va a ser un día bastante duro.

¡DÍA DE SIMULACRO!

Conozcamos a los perros de sistemas

«**S**on las 00:00 del martes 27 de octubre del año 20 567 de Nuestra Señora la Emperratriz. Como sabrán los que se han leído las tres últimas newsletters que se han enviado con letras inusualmente grandes y subrayadas, hoy es día de simulacro de incendios. Os recordamos que el fuego es el gran enemigo de las naves presurizadas. Una colilla mal apagada o el uso recreativo del fuego (concursos de puntería con lanzallamas, cohetes de broma, el buscaminas antiperro, etc.) pueden originar incendios difíciles de controlar en una nave como la Aullidos que Hielan la Sangre del Más Valiente. Por eso, a partir de ahora y durante todo el día, realizaremos una serie de ejercicios destinados a que seamos capaces de responder con rapidez y efectividad a una emergencia relacionada con el fuego. Recordad los puntos de reunión y los lazos de colores para identificar a los responsables de emergencias que os irán guiando en todo el proceso. Esperamos vuestra colaboración, seres lamentables».

El capitán estaba afeitándose cuando oyó el mensaje. ¿Seres lamentables? Aquello era nuevo, pero, en el caso de Boris, esa expresión tenía cierto sentido. Aún era joven, solo tenía siete años, pero aparentaba, como mínimo, tres más. Lamentable no era la peor forma de definir al capitán de la Aullidos. La verdad era que la vida en una nave de Núcleo, patrullando su zona asignada y solucionando desastres, no era precisamente una *dolce vita*, y eso se traducían en evidentes signos de deterioro. Su pelaje, irregular y tirando a oscuro, estaba lleno de cicatrices que delataban su falta de pedigrí. Una oreja más alta que la otra y pelos blancos bajo la mandíbula lo envejecían aún más. Sus ojos, marrones y no del mismo tono, remataban un conjunto poco afortunado. Un auténtico chucho de raza y color indefinibles.

Se lavó la cara y se dirigió a las estancias de Sistemas. Era un cubículo tan lleno de cables que Calvin y Klein, los dos bóxers gemelos responsables, parecían dos arañas peludas y regordetas custodiando una red de pesca multicolor.

—¿Todo bien, capi?

Boris no sabía quién era quién. Lo más probable era que ni ellos mismos lo supieran.

—Espero que eso me lo digáis vosotros. ¿Habéis oído el mensaje de la nave de medianoche?

—Uh, sí. Todo normal, ¿no? —respondió uno de ellos.

—La nave está programada para ser empática, Laike sabrá lo que significa eso, pero el final de su mensaje decía «seres lamentables».

—No me enteré —añadió el otro bóxer.

—No suena muy empático, desde luego —continuó Boris—. Podría haber dicho «mis perritos», o «queridos míos». Eso es más empático. —El capitán se detuvo, a la espera de que alguno de los dos bóxers hiciera alguna señal de seguir su hilo de razonamiento. No tenía muy claro si se estaba explicando bien.

—O incluso no despedirse —añadió Calvin. O Klein.

—¿Es normal?

Uno de los bóxers bajó la mirada.

—Bueno, no. Puede ser que un sobrecalentamiento haya afectado a su unidad de lenguaje.

Boris levantó una ceja.

—La Mente de la nave es una subrutina del motor cuántico. Digamos que al motor le sobra capacidad de computación y, por no desaprovecharla, se enchufa ahí. No es muy elegante, pero ahorra costes. El único problema es que el motor cuántico es muy sensible a la temperatura. Cualquier desvío de los grados óptimos, por infinitesimal que sea, se traduce en errores, la mayoría imperceptibles.

—Pues este ha sido bastante perceptible.

—Es bastante raro. Además, esos fallos se suelen producir antes o después de usar el motor cuántico y se traducen, por ejemplo, en que la comida está demasiado salada, la música ambiental de los ascensores

demasiado alta o pequeños retrasos en las respuestas habladas de la Mente.

—Nunca lo he notado.

—Ni tú ni nadie. Esos retrasos apenas suponen algunos microsegundos.

—¿Hay algún registro de esos retrasos? —preguntó Boris.

—Sí. Pero debemos reiniciar todos los sistemas y ponerlos en modo a prueba de fallos para acceder al informe. Se tarda poco.

—Vale. Hacedlo antes de que comiencen los avisos de emergencia del simulacro.

—Ok, iniciando el modo a prueba de fallos.

Durante medio segundo las luces del cubículo parpadearon con alegría.

—Ya está. ¿Envío el informe a tu *mail*?

—Te lo agradecería C...

—Clein.

—Te lo agradecería mucho, Clein.

Boris estaba a punto de cruzar la puerta del cubículo, pero se paró en el último momento. Giró la cabeza.

—Una pregunta. ¿Puede fallar el modo a prueba de fallos?

Uno de los bóxers lo miró, entrecerrando los ojos durante dos segundos antes de volver a su pantalla y responder.

—No conocemos ningún caso. No lo llamarían así si fallara alguna vez, ¿no?

—¿Y qué limitaciones operativas tiene?

—Ninguna. Es lo mismo que el modo normal, solo que sin fallos y con un *log* con los errores ocurridos hasta ese momento, accesible al instante.

—Entonces, ¿por qué no operáis siempre bajo el sistema a prueba de fallos?

Kalvin y Clein levantaron a la vez la cabeza de sus monitores. Clavaron sus ojos en Boris y luego se miraron entre ellos. Prácticamente a la vez ahogaron una risa, no demasiado bien.

Boris no dijo nada más y se marchó. A los dos perros gemelos de Sistemas se les borró la sonrisa de golpe.

—¿Por qué me miras así? —dijo Clein. O Calvin.

~

Boris dormitó un par de horas. Las primeras actividades del simulacro no empezarían hasta las seis, pero la posibilidad de que la Mente de la nave no estuviera operando correctamente le había quitado el sueño. Bebió un poco de agua de la botella de la mesilla y se levantó de la cama. Una de las ventajas de ser capitán era que tenía una cama para él solo, pero a veces echaba de menos compartir lecho con otros perros. O perras. Una ventosidad ocasional no empañaba la cálida sensación de dormir en compañía. Si acaso, la aumentaba.

Se vistió y salió al pasillo, que seguía en el más absoluto de los silencios. Oyó los suaves ronquidos de los cachorros al pasar por la Guardería. Ojalá siempre transmitieran esa sensación de paz, los pequeños bastardos. «En cuanto despierten, empezará la diversión», pensó Boris.

—Buenos días, capitán. Se ha levantado muy pronto hoy.

—Mmmm, ¿Nadia?

—¡Sí, señor!

Boris recordaba su nombre. Una *husky* de profundos ojos azules no pasaba desapercibida. Y menos si pertenecía a Seguridad. Llevaba un chaleco azul y una porra de respetables dimensiones.

—Estaba disfrutando de la calma antes de la tormenta. Hoy va a ser un día complicado.

—Lo sé. Me ha tocado turno de cachorros.

—¿Primera vez? Mis condolencias.

—Gracias, capitán. ¿Por qué todo el mundo me dice eso? Son solo cachorros. Muchos no tienen ni semanas.

—Creo que lo descubrirás muy pronto.

Nadia se alejó con paso firme, un poco contrariada. «Se la van a comer —pensó Boris—. Pero hay batallas que hay que luchar por ti mismo. Aunque oigas risitas detrás de ti al entrar en ella».

Se dirigió a la cantina. Era una de las salas más grandes de la Aullidos. Servía de comedor, de centro social e, incluso, tenía un escenario oculto que no se desplegaba desde el numerito de *Vlad y las Vladetes*, un concierto de acordeón y coros que estuvo a punto de entrar en el conteo de armas de destrucción masiva de Núcleo. Digamos que hasta ese concierto nadie se había planteado la polca como una amenaza a la integridad física de perros y gatos.

La cantina podía albergar trescientas almas a la vez, pero a esa hora estaba vacía. Tampoco se veía movimiento en la zona de barra y cocina, que se encontraba en el extremo opuesto a la puerta. Boris se acercó a una de las máquinas de café, que le leyó el iris y gorgoteó hasta que un vaso de papel humeante cayó en su pata derecha con una pegatina que ponía «Expreso moca con aroma de vainilla». La máquina personalizaba los vasos con el nombre y la receta preferida de cada cual. Eso sí, el café era el mismo aguarrás para todos. Era cosa de Recursos Humanos. El jefe del departamento, el doctor Rubirov, decía que simular que se atendía a las peticiones individuales favorecía la autoestima. A Boris le parecía una estupidez, pero lo suyo era dirigir naves, no las evaluaciones psicológicas.

Se sentó y probó su expreso moca con aroma de vainilla. El café era una de las asignaturas pendientes de la comida impresa. Todos los componentes estaban ahí, pero el conjunto fallaba estrepitosamente. Boris agradecía que el café de la sala de control fuese café auténtico.

Contempló la pantalla gigante, que ocupaba una de las paredes laterales de la cantina, bajo una gran estrella verde con el lema «Nunca mires atrás». El rumbo de la Aullidos que Hielan la Sangre del Más Valiente, marcado en azul, dibujaba una gran parábola que atravesaba los tres grandes cuadrantes de Canis Maior, la región de espacio que algunos llamaban hogar, en un alarde de maximalismo. Llamar hogar a semejante extensión de espacio-tiempo era mucho decir, aunque con motores cuánticos todo quedaba bastante a pata. Además de unos dos mil planetas colonizados precariamente, la población total del sistema alcanzaba el medio millón de hábitats, a los que había que sumar otros tantos de los gatos, tras la unificación.

Siglos de guerras habían terminado, aparentemente, tras el Tratado Interespecie Sirius-B, en el que ambas especies habían estampado sus

patas para llevar su conflicto hacia uno menos sangriento y más complicado. Una intensidad más baja que Boris sufría en sus propias carnes cada vez que entraba Sasha en su camarote.

Por suerte, no todos los gatos eran como ella. Luka, el felino que dirigía la cocina, era un buen tipo. Un gato atigrado y gordo que, en ese momento, empujaba un carrito lleno de bandejas. Llevaba con afectación un sombrero almidonado de cocinero que se bamboleaba lentamente a su paso. Nadie creía que esos sombreros fuesen útiles en una cocina llena de perros y gatos, más allá de ser un código de identidad, pero lo cierto era que Boris jamás había encontrado un solo pelo en su comida.

—Buenos días, capitán. ¿Le preparo algo para desayunar?

—Gracias, Luka, de momento estoy bien con el café.

—Muchos ánimos para lo de hoy.

—Gracias. Intentaremos que pase rápido. ¿Qué tenemos de menú?

—Pienso. Creo que es mejor no complicarse.

—Muy cierto, me parece correcto.

—Tampoco es que haya muchas más opciones. El procesador de comida lleva una temporada fallando y no me quiero arriesgar a dejar a nadie con hambre.

—¿Qué le ocurre al procesador?

—Alexei le echó un vistazo. Dijo que estaba todo bien, pero últimamente hace cosas muy raras. Ayer confundió el puré de patata con helado de fresa. Tenemos el congelador lleno de tarrinas que ya no podemos reprocesar. Hay helado para dos años. Y no solo eso. Quema las cosas, mezcla recetas o las arruina directamente, en el mejor de los casos.

—¿Y en el peor?

—Confundió a uno de mis gatos con un cartucho de salsa curri para el arroz. Lo salvamos de milagro.

—¿Está bien?—Boris se temió otro conflicto diplomático interespecie.

—Quedó demasiado suave. Ah, ¿se refiere al gato? Bueno, de la impresión ahora cecea un poco, pero nada grave.

—Me alegro. En el próximo atraque haremos que revisen bien el procesador. Y unos cuantos sistemas más.

—Se le notan los añitos ya. Como a todos nosotros, ja, ja, ja.
Luka se alejó bamboleándose a preparar los desayunos.

LA CORDURA, ESE BIEN ESCASO

El doctor Rubirov tiene soluciones para todo

El doctor Rubirov no daba crédito a lo que estaba oyendo. Como psiquiatra, estaba acostumbrado a las historias rocambolescas, pero lo que le estaba contando aquel mastín de aspecto tristón merecía un puesto en el *top ten*.

—Así que odias tus patas.

—No, doctor, solo la pata delantera izquierda.

—Solo una.

—Sí, doctor. Odio esa pata. La miro y me da asco.

—Yo la veo igual que las otras tres.

—¿Igual? Son diferentes las cuatro.

—Similares en todo caso. Lo que no puedes negar es que las delanteras son idénticas.

—Está equivocado. Son totalmente diferentes. Mire los dedos. ¡Están al revés! ¡Está todo... MAL!

Rubirov sacó su pipa y la encendió. Necesitaba romper esa dinámica. El despacho se llenó de un suave olor a hierbas.

—Vamos a probar otro enfoque, Iván. Me dices que trabajas en Seguridad. ¿Algún conflicto ahí?

—Ninguno. El teniente Galletitas es un buen tipo. Hay buen ambiente y la Aullidos es una nave fácil de llevar. Mantener a los cachorros tranquilos es lo más complicado a lo que nos enfrentamos.

—¿Padres?

—Lo normal. Viví con mi madre hasta el año. Mi padre trabaja en cocina, buen tipo.

—Volvamos al asunto de tu pata, Iván. Normalmente ayudo a perros y gatos con sus fobias, traumas y problemas psicológicos. Algunos

de ellos raros, como el tuyo. Y te puedo decir que siempre, siempre, el problema principal no es el que me cuentan cuando entran a mi consulta. Siempre hay un asunto sin resolver oculto. Realmente, tu problema no es la pata. Tu cerebro ha improvisado una fobia irracional para intentar solucionar de alguna manera el conflicto real que no sabes cómo expresar.

—¿Cuál es ese problema?

—No tengo la menor idea.

Rubirov se llevó la pipa a su boca y se colocó bien las gafas.

—Pero creo que sé cómo solucionarlo.

—¿Pastillas? ¿Algún medicamento?

—Una patada.

—¿Cómo?

—Una buena patada. En donde más duele. Creo que el trauma físico puede ayudarnos a desenmascarar el auténtico trauma, el que te hace odiar tu pata. Tu cerebro se ve sorprendido por el dolor y desplaza la máscara que ha creado. Ese instante de duda, de intercambio de traumas, del psicológico al físico, deja al descubierto la auténtica herida. Si somos rápidos, podemos identificarla y tratarla en profundidad. Confía en mí, Iván. Aquí mismo, ahora. Un momento de dolor para purgar ese trauma indefinido. Levántate y colócate de lado. Creo que soy capaz de coger un poco de carrerilla y acertarte en tus partes blandas sin dificultad.

Iván se desarmó y obedeció. Abrió la piernas. Cerró los ojos.

—Confío, doctor. Sáqueme de mi miseria.

Rubirov dio tres pasos largos, casi al trote y preparó su pata derecha para comenzar un movimiento pendular, apuntando a la entrepierna de un tembloroso Iván.

En ese momento sonó una alarma. Una voz metálica aulló.

—Código seis. Emergencia por fuego. Diríjanse al punto de encuentro más cercano y esperen instrucciones.

—Bien, Iván. Creo que tenemos que dejarlo para otro momento.

PARA SER UN SIMULACRO DE INCENDIO, ALGUIEN HA ACABADO MUY QUEMADO

Un grupito y un perro un poco sordo

Un enorme cartel presidía la estancia: era Laike, el primer perro, a los mandos de su nave unicanina. Su mirada reflejaba determinación, confianza y visión de futuro. Una imagen sagrada para muchos perros y repetida hasta el infinito en estampas, collares y todo tipo de *merchandising*, que transmitía una sensación de seguridad plena y que, por eso, era frecuentemente usada para marcar espacios seguros. En este caso, al cartel le acompañaba un sencillo rótulo.

ESPACIO DE ENCUENTRO

En todo caso, era un espacio pensado para un encuentro bastante apretado. La Aullidos otra cosa no, pero el contacto entre iguales, algo no siempre del gusto de todo el mundo, era un tema que los diseñadores de la nave habían trabajado a conciencia. Pasillos demasiado anchos y estancias demasiado pequeñas. No tenía mucho sentido, pero nadie sabía muy bien a quién quejarse, otra muestra de la habilidad de los diseñadores gestionando el conflicto. Algo más de un centenar de canes se agolpaban en la habitación en una mezcla heterogénea de ira, aburrimiento y unas sanas ganas de matar a alguien.

—Un poco de silencio, por favor.

Un *yorkshire* con gafas y un diminuto megáfono se había encaramado en un saliente de la pared. Llevaba una cinta amarilla al cuello y parecía bastante nervioso.

—El recuento es correcto. Somos ciento trece perros...

—¡Y perras!

—...y perras, efectivamente, gracias Sofía. Hemos tardado exactamente nueve minutos y medio en acudir al espacio de encuentro del grupo amarillo, lo que supone una mejora de dieciséis segundos con respecto al último simulacro. Pero todavía cinco minutos por encima del tiempo estimado por los protocolos como necesario para sobrevivir. Una vez más, estamos todos muertos. A pesar de todo, tengo que felicitaros por esa sensible mejora.

El *yorkshire* hizo una pausa, como si esperara algún tipo de celebración. No la hubo.

—Como sabéis, desde la activación de la alarma de incendio, todos los grupos deben estar en menos de diez minutos en su lugar de encuentro correspondiente, dejando libres los pasillos para la libre circulación de Seguridad y de los equipos antiincendios.

—¿Por qué? —preguntó una voz entre la multitud.

El *yorkshire* dudó un poco antes de responder.

—Ehh, no sé. Yo no he diseñado los protocolos.

—Quiero decir. Los pasillos son bastante anchos. Tampoco somos tantos perros... y perras. Creo que los bomberos podrían ir cómodamente por los pasillos, mangueras incluidas, incluso si los demás estuviésemos por ahí, paseando.

—No sé si has pretendido hacer un chiste con lo de las mangueras, Anatoly. Sabes perfectamente que los equipos antiincendios usan lanzadores de espuma. Y creo que todos estaremos de acuerdo en que, a pesar de su anchura, el manejo de maquinaria de emergencias no se beneficia de que la gente siga paseando por ahí como si nada.

Un murmullo precedió a otra voz discordante.

—Pues yo también creo que es un poco absurdo tenernos aquí apretados. En caso de deflagración, las bajas serían mucho mayores que si estuviésemos repartidos por toda la nave.

—¿Qué es una desbragación? —inquirió un perro lanudo bastante mayor, al fondo.

El *yorkshire* parecía cansado. Eran las once de la mañana y necesitaba una copa.

—A ver, creo que no nos corresponde a nosotros juzgar los protocolos de una simulación de incendio. Los expertos de Núcleo son los que se encargan de diseñarlos y de obligarnos a seguirlos a rajatabla. Si tenéis dudas, sugerencias o comentarios, podéis enviarle un *mail* al capitán, que seguro que estará encantado de recibir y contestar, si procede. Ahora, también os digo, esto es un ensayo por si hay un incendio. En uno real, voy a pasar de todos vosotros. Uno a uno. Y una a una. Voy a salir corriendo a las cápsulas de escape, voy a meterme en una con mis cómics y una caja de birras y ya os pueden ir dando por el culo a todos. En fila. Y por orden alfabético. Pero como esto es... un puto ensayo, vamos a seguir el puto manual y callarnos la puta boca, YA.

Silencio sepulcral. Fue interrumpido por el siseo de una puerta deslizándose. Un perro de raza indescifrable, con el pelo totalmente quemado y humeante, entró en la estancia con pasos vacilantes.

Se desplomó en el suelo como un carbón cayendo desde una barbacoa. Su uniforme aún resplandecía con pequeños fuegos que se resistían a la extinción. El viejo perro lanudo se acercó y lo tocó con una pata. No se movía.

—Vaya. A este lo han desbragado a base de bien.